

tu vida. Divina tierra griega! oh Patria mía! donde hasta para los más atroces criminales la vida era inviolable mientras la dulce luz del sol los alumbrara!

Ir a Esparta a hacer hablar el eco en lugares en donde la voz humana ya no se hace oír, y, como René, llamar con todas las fuerzas a Leonidas, aunque ninguna ruina repita ese gran nombre y la misma Esparta lo haya olvidado.

Finalmente, subir con los pies desnudos a la Acrópolis y allí hacer oír la incomparable plegaria de Renán: una de las más ricas y puras canciones que el Verbo haya cantado a través de los tiempos.

• •

La fascinación del Oriente turbó siempre a los artistas de todos los tiempos. Asia! remoto país maravilloso de los cuentos de nodriza, donde duerme la fantasía como una emperatriz en su palacio lleno de misterio, y donde más que en parte alguna el sueño es una segunda vida!

Ver y admirar, con ojos pacificados, el antiguo y fantástico Oriente, el Oriente de Salomón y de los Reyes Magos, el Oriente de Lamartine y Chateaubriand, de Gerardo de Nerval, de Teófilo Gauthier y Ernesto Renán; lugares de leyenda evocadores de lejanos sueños de la infancia, de sombras familiares para siempre desvanecidas, recuerdos de la escuela, imprecisas imágenes y frases leídas no se sabe dónde, y allí sentir el hondo tedio del viaje y de la ausencia, en horas crepusculares en que quisiéramos hacer callar el corazón como un organillo monótono cuyas tonadas nos son tan conocidas, en que aún los sueños mueren y parece oírse «el tejido de las santas melodías».

Ver y sentir la encantada Siria, resonante de la voz de los siglos y de las tradiciones de la historia, donde (parece decirnos San Jerónimo), en una gruta consagrada a Adonis, nació Jesús; donde, como en todos los lugares en que alguna idea religiosa se ha manifestado (dicen los viajeros), se siente el sortilegio de las aguas que brotan espontáneas de la tierra como para darnos el gusto de la vida y de la dicha, corren en cascadas alegres, retozonas, musicales como las cabelle ras desatadas de las bacantes: donde, para interpretar ese encanto líquido, la imaginación pagana, tan hábil para concertar la naturaleza y los sueños, forjó una fábula entre Dafne y Apolo, una linda historia de amor, que termina en una suave risa de mujer.

Recorrer las armoniosas costas del gran Líbano y el «Valle de Adonis», entre el mar y las más bellas montañas del mundo, con sus golfos de ver-

dura, embeleso de los viajeros, donde el olivo, el moral, el naranjo y las viñas avanzan hasta el mar entre trigales de oro; para siempre legendarias marinas que hoy son apenas un prolongado cementerio de antiguas y maravillosas ciudades destruidas: Tiro y Sidón, donde aún debe sentirse el són de las canciones de Meleagro; Biblos, el último santuario del paganismo agonizante; Laodicea, la más renombrada en Grecia por su elegancia y sus placeres; y Antioquía con la sombra del Emperador Juliano y de Amiano Marcelino, el puntual historiador de su vida y de su muerte, y de Libanio, el retórico; y Damasco y Palmira, con su templo de columnas innumerables y el recuerdo del sublime Longino, y el Jordán y el Eufrates.

Buscar los pasos de Lamartine, bajo los cedros del Líbano, contemporáneos de los patriarcas, donde él, en en la corteza del más antiguo, escribió su nombre; evocar, en los propios sitios, los largos días de Gazir en que fueron escritas las exquisitas páginas de la *Vie de Jesus*, a la par elegía e idilio, y seguir las huellas de Renán en la tierra de los profetas hasta la cabaña maronita, cerca de la santa Bjblos, donde murió y está sepultada su hermana Henriqueta.

Pero, más que todo, sentarse a reposar y soñar en la divina Dafne, a las márgenes del Oronto, donde en otro tiempo se saborearon todos los refinamientos del placer que ni siquiera sospechamos hoy, y que hicieron exclamar a Libanio: «No hay dolor, aún el más cruel y tenaz, que no se alivie con sólo ver a Dafne», y de sus aguas purísimas, que un vaso lleno de ellas parecía no estarlo. Dafne, la divina Dafne, tendida sobre musgos florecidos, a la sombra de laureles y nogales, donde, al decir del doctísimo Hermias Sozomene, era de mal gusto ir a pasear sin llevar al lado una graciosa joven, y en Dafne la fuente inmortal donde la piedad pagana colocó el encuentro de la diosa y el cazador, y donde las mujeres de los misterios antiguos iban a llorar a Adonis y a ofrecer a la Diosa, una vez más a lo menos en su juventud, sus puras cabelleras.

Dafne vivía allí con sus dos hermanas las Ninfas, y, como en Delfos, el dios pronunciaba sus oráculos. Un bello día, la fuente dejó de murmurar, los laureles de cantar, las hojas de pronunciar sus oráculos. El paganismo moría. Los fieles no creían ya en sus dioses; las columnas faltaron en el templo, los árboles en el bosque sagrado, y, para exorcizar ese paraje satánico, los cristianos condujeron, cerca de la fuente, el cuerpo de San Babilás, martirizado por Decio.

Fué en aquellos días crepusculares

cuando el Emperador Juliano llegó en peregrinación a Dafne. Era el día de la fiesta del dios. Esperaba asistir a las ceremonias sagradas de otros tiempos, cuando se rendía fervorosa adoración a dioses que sólo él veneraba ya; pero el santuario estaba solo: ni incienso, ni víctimas, ni efebos con túnicas blancas. Sólo un pobre anciano, fiel a sus dioses, había traído, de su lejana granja, un ganso para inmolarlo a Apolo. Vanamente Juliano, consternado, quiso interrogar la fuente sobre la expedición que preparaba contra los persas, donde debía hallar la muerte. El oráculo no respondió, y, como el Emperador se asombrase, díjéronle que cerca había un cadáver queapestaba el recinto y repugnaba a Apolo, las Musas y las Ninfas dejar oír sus voces. Juliano ordenó retirar ese muerto importuno; pero Babilás se vengó.

Pocos días después, en una noche serena, el fuego penetró al templo de Dafne; las columnas cayeron con el Dios en pedazos, mientras ardían las estatuas de las Musas. Juliano, apenas acostado, acudió al santuario, y llegó cuando caía en cenizas el dios cuyos pies de marfil había besada la víspera. Con él pereció también la última esperanza de hacer prevalecer sobre las novedades judaicas el espíritu de Homero y de Virgilio. Por última vez, en Dafne, Apolo y los dioses recibieron el homenaje sincero del más bello espíritu del antiguo mundo romano. El grito del ganso sacrificado por el pobre aldeano griego, fué el último grito del paganismo. Pero vencido el Dios y quemado su templo, aún habita Apolo y las Musa el bosque abandonado.

Paganisme immortel, es tu mort? On le dit;—Mais Pan, tout bas, s'en mosque et la Sirene en rit.

Y al regresar de tan lejanas tierras y tan largo viaje y no hallar, cual no halló el Vizconde, el buen hermano que me diga, como el viejo de las *Mil y una noches*: «Hermano mío, hé aquí mil sequies, compra camellos y no viajes más». Al regresar así, aún me quedará mi tierra natal, el encantado Valle del Cauca, Buga, mi casa, heredada de mi madre, mi jardín, y la sombra del viejo ciruelo que me vió nacer...

CORNELIO HISPANO

Marzo 2 de 1924.

(El Tiempo, Bogotá).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Singulias y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie > 2.50